

COMPRE USTED MAÑANA  
el núm. 16 de la popular publicación  
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA  
**LA NOVELA ÍNTIMA  
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía del gran actor  
**LEWIS STONE**

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la tenemos cedida a la **Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAQUER MOÑERA.—TOPETE. 16.—TARRAGA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 181

25 cts.



**LAS ALAS  
DEL CARÍO**

POR  
**CLAIRE WINDSOR,  
LLOYD HUGHES,  
ETC., ETC.**

**Filmoteca**  
de Catalunya

FORMAN, TOM

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 181

## Las alas del cariño

(BROKEN WINGS, 1923)

Interesante producción, interpretada por los  
geniales artistas

CLAIRE WINDSOR

FRANK KEENAN, LLOYD HUGHES,  
OTIS HARLAN, JOHN SAINPOLIS,

Metro Goldwyn Corporation  
Rambla de Cataluña, 122 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
AILEEN PRINGLE



## Las alas del cariño

### Argumento de la película de dicho título

La hacienda de Willowbrook, situada en uno de los lugares más pintorescos de los Estados Unidos, hallábase en días de total decadencia que contrastaban con aquellos en que su dueño daba en ella espléndidas fiestas y tenía en sus cuadras los mejores caballos de Kentucky.

A pesar de la adversa fortuna, el juez don Godofredo Roberts, señor de Willowbrook, se empeñaba en vivir cual convenía a un hidalgo de su categoría.

De las pasadas grandezas quedaba sólo su yegua, la famosa Southern Melody, por la que el juez sentía una admiración sin límites.

Al salir aquella mañana de su casa, don Godofredo dijo al criado Noé, un negro que había envejecido a su servicio:

—Estaré en el juzgado el tiempo indispensable para despachar lo más urgente, Noé; espero a mi hija Virginia en el tren de esta tarde.

La mañana era radiante. Don Godofredo dirigió

se a las caballerizas, que tenía al cuidado de otro negro: Bartolomé.

La mirada enérgica del juez, mirada de hidalgo, se dulcificaba ante la vista de ese noble animal que iba en breve a darle un potro.

—Vamos, picarona, ya pronto saldrás de apuros —dijo acariciándolo.

—Cada día engorda más, señor, y bebe como si tuviera una esponja en el estómago.

—Sácala a dar un pascó, Bartolomé; pero cuidadito con tenerla por ahí hasta muy tarde.

Don Godofredo prosiguió su camino por aquellas tierras que no le pertenecían, hipotecadas varias veces, y que, con todo el dolor de su corazón, veía arrancadas de su patrimonio.

Ahora tenía que soportar la presencia de otras personas venidas de lejos, como Bernardo Dexter, apoderado del millonario Francisco Bosworth, que se hallaba en el Sur desde hacía algunos meses atendiendo al establecimiento de magníficas caballerizas en las que se reunirían los más famosos ejemplares de pura sangre.

—Dexter, ¿qué hace usted en mis tierras?—gritó, al cruzar éste por el camino en compañía de otro hombre.

—Estas tierras pertenecían al señor comandante Warrington, aquí presente, y a él se las compramos, señor mío.

—Sí, es cierto. El comandante Warrington se aprovechó de que yo me hallaba con dificultades de dinero para despojarme de un buen pedazo de la tierra que han heredado los Roberts de padres a hijos. Esta es la edad de los advenedizos, caballero.

Y se alejó refunfuñando y lleno de altivez.

Los dos hombres quedaron mirándose.

—Tanto orgullo y sin un céntimo...

—Ahí donde usted le ve, ese viejo es muy capaz de hipotecar hasta el árbol genealógico.

—Lo creo.

\* \* \*

El viajar gratuitamente ocasiona cambios bruscos y dolorosos en el itinerario. Podrían decirlo Sheridan y sus tres compañeros que, escondidos en un vagón de carga, habían descendido violentamente poco antes de llegar a la estación de Dixie.

Juan Sheridan era conocido en todos los hipódromos americanos con el expresivo nombre de Juanito el Bailarín.

—Bueno, ya estamos en Dixie, que es la gran tierra...

—Y ahora, ¿qué se hace?

—Vamos a comer algo...

—¿Con qué? Sólo tenemos quince centavos.

—No os preocupéis, amigos. Lo fundamental en este momento es acullar la voz de nuestros estómagos. En cuanto al pago... Dios dirá.

Entraron en una fonda, haciéndose servir una comida opípara. Los tres amigos miraban atónitos a Juanito, el autor de aquella hazaña que podría muy bien llevarles a la cárcel.

Consumidas las provisiones, Juanito, con toda seriedad, preguntó al camarero:

—¿Cuánto es?

—Seis dólares y medio. Sírvase pagar al camarero.

—Perfectamente. Aquí tiene usted quince centavos a cuenta de la propina...

Levantáronse en dirección a la mesa del cajero, colocada junto a la puerta de salida.

Juanito inició, ante el asombro de los presentes, una especie de baile dislocado, infernal, inverosímil. Toda la concurrencia quedó atónita ante el inesperado espectáculo. El propio cajero levantó la vista de sus libros para sonreír ante aquel cliente amable.

Aprovechándose de la general distracción, los tres amigos del bailarín se acercaron a la puerta y pusieron pies en polvorosa. Juanito, como si siguiera el ritmo de la danza, llegó a la salida y, al encontrarse allí, emprendió también desesperada carrera, dejando en la mayor estupefacción a todos los parroquianos.

—¡Canallas!—rugió el camarero dándose cuenta del engaño—. Se marcharon sin pagar...

Fueron en su persecución. Juanito, que ya se veía libre de caer en las garras del fondista, tuvo la mala suerte de topar con el *Sheriff*.

—Dese usted preso—díjole la autoridad, agarrándole por la solapa.

—Sí, llévenle ante el señor juez. Ha comido en casa con otros sujetos y se niega a abonar la cuenta.

Don Godofredo Roberts ejercía aquella mañana con cierta negligencia el culto patriarcal de la justicia. Pensaba en su hija, y también en la hermosa yegua, cuya fotografía parecía presidir el salón.

El fondista contó lo ocurrido. Era necesario que aquel hombre pagase...

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el señor juez.

—Juan Sheridan, alias Juanito el Bailarín, ex pasajero de un tren expreso y comensal al fiado de un mal *restaurant*, señor juez—contestó el acusado sin perder su buen humor.

Mientras don Godofredo tomaba razón de su

nombre, Juanito hubo de fijarse en el cuadro de la yegua.

—Esa es Southern Melody, la mejor yegua que se ha visto en un hipódromo—comentó.

El semblante adusto de don Godofredo sufrió una repentina transformación al oír pronunciar el nombre tan querido para él.

—Desciende de las yeguas de María West, que



*Don Godofredo Roberts ejercía aquella mañana con cierta negligencia el culto patriarcal de la Justicia.*

son las mejores de Kentucky—le dijo.

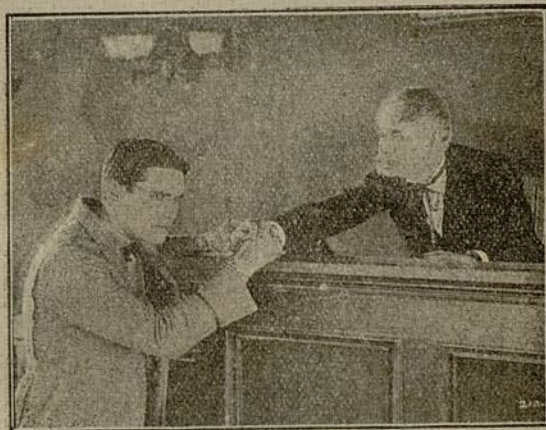
—Southern Melody fué la única yegua que ganó a la famosa Kate de Kentucky, que era el orgullo de mi padre.

Una gran simpatía se apoderó del ánimo del juez ante esa declaración.

—A la cuenta es usted hijo de Daniel Sheridan, de los Sheridanes de Louisville.

—El mismo, señor juez.

—Don Godofredo, ¿qué sentencia dicta usted?—preguntó el fondista, alarmado ante aquella amistad que parecía establecerse.



*Una gran simpatía se apoderó del ánimo del juez.*

—¡No ha lugar!—contestó rápidamente.

—Pero... comprenda usted que este hombre...

—¡Basta! No admito apelaciones. Despejen...

Y luego, sonriéndole a Juanito, agregó:

—Venga usted a casa conmigo, señor Sheridan.

—Aquella tarde esperaban a Virginia en la estación don Godofredo. Juanito—que había sido nom-

brado "intendente de las caballerizas" del juez— y los dos criados.

El juez mantuvo siempre a su hija Virginia en la creencia de que la fortuna de la familia no había sufrido mengua alguna, para conseguir lo cual vióse obligado a hacer penosos sacrificios.

Y Virginia, que nada sospechaba de los afanes y penurias del pobre viejo, aceptó el lujo y los mimos de que él procuraba rodearla siempre, como la cosa más natural del mundo.

Ahora regresaba de la capital, de un internado, donde ella había completado su educación, e iba a vivir en las tierras de su padre, en aquellas inmensas propiedades que todas parecían llevar la marca de los Roberts. Así lo creía ella...

Llegado el tren, el juez abrazó temblando de emoción a su hija, que era ya toda una mujer de belleza suave y atrayente.

—Papá—dijo ella desprendiéndose dulcemente de sus brazos—, quiero presentarte a unos compañeros de viaje que han sido muy buenos conmigo: el señor Bosworth y su esposa.

—Me es sumamente grato ponerme a las órdenes de usted, señor Bosworth, y aprovecho la ocasión para felicitarle por las magníficas caballerizas que ha hecho construir en los terrenos vecinos a los míos.

—Encantado de estrechar su mano, señor Roberts.

Bosworth era un hombre elegante y simpático, un millonario generoso que pasaba por el mundo haciendo el bien. Su gran pasión era el hipismo.

Fué repartiendo Virginia sonrisas y apretones de manos; y conoció a Juanito, que la miraba con todo el entusiasmo de su juventud. ¡Qué bonita era la hija del juez!

Transcurrió la conversación en un ambiente plácido y elegante, a lo gran señor, como aparentaba don Godofredo que lo era.

—Señor Bosworth, permítame que le presente al señor Sheridan, el intendente de mis caballerizas.

Dexter, el apoderado de Bosworth, que había ido a esperar a su jefe, sonreía burlonamente ante aquel pomposo título adjudicado. ¡Pobre hombre! El sabía la situación apurada en que se se encontraba el juez.

El negro Noé, llevado de la misma prosopopeya de su amo, llegóse al coche furgón y preguntó con orgullo:

—¿Tiene usted ahí un baúl de la señorita Virginia Roberts?

—No, uno, sino muchos. Vea usted...—Y comenzó a caer sobre él una verdadera lluvia de baúles y mundos que horrorizó al criado.

\*\*\*

Continuó normalmente la vida durante algunas semanas. Todas las esperanzas de Willowbrook se hallaban puestas en Southern Melody y en el potrero que había de tener.

Como todos los días, el negro Bartolomé sacó a pasear su yegua. Pero también los negros tienen su corazoncito y allí, en una cabaña cercana, vivía la mujer de sus ensueños, la dulce y tentadora ne-grita que le quería. No pudo resistir al deseo de verla.

—Quédate aquí quieta que a mí me están esperando—dijo, dejando en mitad del campo a Southern Melody.

Mientras Bartolomé platicaba con su novia, estalló una violenta tempestad. Caía la lluvia fu-

riosa y continua, los árboles parecían temblar al impulso del violento vendaval.

Abandonada la yegua a su inclinación, alejóse a larga distancia del sitio en que la dejara Bartolomé. Y allá en el bosque, bajo la deshecha tormenta, quedó velando junto al potrero que acababa de nacer.

Asustado ante el temporal despidióse Bartolomé de su negrita:

—Tengo que irme, negra del alma. ¡Si el juez llega a saber que he dejado sola a la yegua, me desuella como a mi santo patrón!

Buscándola estuvo inútilmente durante un buen rato. Cuando ya desesperaba de volverla a ver, la atisbó bajo una espesa arboleda.

—Ven acá, yegua del demonio, que sólo a ti se te ocurre irte de paso en una noche como esta.

La bestia se negaba a seguirle con una violenta obstinación en permanecer allí. Tumbado en el suelo estaba el potrero, y la yegua, con noble instinto maternal, se negaba a abandonarle.

Bartolomé, que a causa de la obscuridad no reparó en lo ocurrido, llevóse a Southern a duras penas al establo.

La yegua, víctima de un estado febril, coccaba constantemente contra la puerta de su encierro, hasta que logró derribarla, emprendiendo veloz carrera hacia el bosque.

—Arrastrada, loca, ¿dónde vas?

El pobre negro dirigióse a comunicar a don Godofredo la huida.

El juez gozaba en el salón la belleza de aquella noche de paz, junto a su hija.

Al verle tan sencillamente vestido, Virginia le había dicho:

—Eras demasiado descuidado en el vestir, papá, y eso no está bien.

—Nunca he sido presumido, hija mía.

—Pues quiero que lo seas. Un caballero como tú debe dar ejemplo de elegancia.

Suspiró el buen hidalgo con una repentina tristeza. ¡Ay!, si su hija supiera cuánto pasaba allí... Y se retiró a un rincón de la sala.

Juanito, que había logrado captarse las simpatías del juez y que acababa de llegar, no quitaba los ojos del semblante de Virginia. ¡Oh!, se había enamorado de la hija de su protector. Era tan suave, tan hermosa... La miraba extasiado con tal insistencia, que Virginia hubo de decirle:

—¿Me encuentra usted algo raro en la cara?

—La encuentro a usted sencillamente divina.

Ella sonrió. También Juanito le era simpático. Había visto su interés por la casa, su modo de trabajar, la fidelidad que demostraba hacia su padre.

Apareció Bartolomé.

—Don Godofredo, don Godofredo... si usted supiera... ¡la yegua se ha escapado!

El juez estuvo tentado de ahogarle entre sus manos férreas. ¿Cómo había dejado que huyese? ¡Southern Melody, su único caudal!

—Vamos, vamos, insensato.

Durante este tiempo, una leona que rondaba por las cercanías del bosque, había olfateado el olor de la presa segura, lanzándose contra la yegua que velaba el sueño de su hija. Fué una lucha desesperada, terrible. El noble animal defendió con su propia vida la de su potrero que quedaría abandonado. Y cayó bajo las fauces de la fiera que, ahíta, marchó después sin causar menor daño a la pequeña bestia.

Presentóse ante la vista de don Godofredo un es-

pectáculo desolador. Habían encontrado a la pobre Southern Melody tendida en el suelo, muerta.

Por un momento vió el juez perdidos todos sus afanes. Pero se tranquilizó al descubrir al potrillo, calado hasta los huesos, fino animal que temblaba bajo la lluvia que llevaba varias horas cayendo sobre él.

—¡Hay que salvarlo!



*El juez estuvo tentado de ahogarle entre sus manos férreas.*

Reaccionó el alma de Roberts. Sintió en medio de sus tristezas por haber perdido a Southern Melody, la alegría de que la noble bestia no le hubiera abandonado sin dejar sucesión.

—Trae las mantas de mi cama—ordenó.

Y trasladaron a la casa al pequeño animal, que se salvaría, según aseguró el veterinario.

Sheridan no cabía en sí de gozo.

*En Dixie dichoso vive...*

*Dixie la más bella tierra...*

*Dixie... Dixie...*

—¡Dixie! Ese será el nombre que le pondremos—dijo el juez. Y su mano resbalaba sobre el fino



*—¡Dixie! Ese será el nombre que le pondremos.*

lomo de la bestia, acariciándola como a una esperanza futura.

Dixie no tardó en empezar a convertirse en una hermosa yegua, ágil, esbelta, musculosa.

Entretanto, en los vastos terrenos que pertenecieron en otro tiempo al patrimonio de los Willow-



brook, habían quedado instaladas las caballerizas y la gran pista del millonario Bosworth.

A fin de estar cerca de Virginia, Juan Sheridan permanecía en Willowbrook como amaestrador de Dixie, a la que iba a ponerse a prueba con los caballos de dos años de Dixie.

Llegó el día del entrenamiento. Deseaba Juanito que Dixie perdiera la partida. Sabía que si el millonario se daba cuenta de lo que valía la yegua, haría proposiciones ventajosas para comprarla. Y entonces, ¿cómo podría él justificar su presencia en Willowbrook?

Le advirtió a Bartolomé que si la yegua ganaba, se acordaría de él. El negro le miró con extrañeza, y fué a coger su montura, cuando se le acercó su novia, diciéndole:

—Que no se te ocurra volverme a mirar siquiera, si no ganas la carrera.

Bartolomé quedó atónito ante el dilema. Pero... Dixie vencería: lo quería su novia y esto era primero que todo.

La prueba dió un resultado favorable a Dixie. Como temía Juanito, el millonario ofreció por la yegua 10.000 pesos; pero don Godofredo, irguiendo su alta y gigantesca figura, le respondió:

—Es como si me pidiera usted que vendiese a mi propia hija.

El administrador Dexter acariciaba ciertos proyectos respecto de Virginia. Contemplándola, en el hipódromo, bajo el dulce sol, juró hacerla su esposa. Para ello se valdría de ciertos medios que conceptuaba infalibles. Dexter no se andaba con escrúpulos, era hombre capaz de todo para llegar al fin.

Cuando se despidieron, anunció al señor Roberts

que por la noche pasaría a hacerle una visita para tratar de un asunto muy importante.

Llegó la noche. Noche de luna, noche de ensueño. En el jardín se encontraban Virginia y Juanito, a los que instintivamente parecía unir el amor.

—Virginia...—comenzó el enamorado.

—¿Qué, Juanito?

—Nada..., nada...—le respondió dominado por una invencible timidez.

A aquella misma hora Dexter llegaba a casa de don Godofredo.

—Espere usted aquí—le dijo Noé—, que voy a preguntarle al juez si está en casa.

Introducido a presencia de don Godofredo, el administrador expuso sencillamente su plan.

—No perdamos el tiempo en preámbulos. Estoy enamorado de su hija y deseo casarme con ella.

Sorprendido ante aquella inesperada proposición, contestó el juez:

—Debe usted empezar por hablar a Virginia.

—Hablemos con franqueza, don Godofredo... El Banco iba a pedir que le embargasen a usted lo poco que le queda: afortunadamente yo pude impedirlo...

—¿Usted?

—Sí. El Banco hará lo que yo le indique...

No, él no quería tolerar esto. Levantóse el hidalgo y, abriendo la puerta, atajó secamente:

—Buenas noches, señor Dexter.

—Acaso su hija sea de otra opinión.

Virginia y Juanito continuaban en el jardín, hablando de sus proyectos.

—Si Dixie gana la carrera de Belmont su padre de usted me hará su socio y entonces...

—¿Y entonces qué..., Juanito?

—Nada..., Virginia, nada... ¡Maldita timidez!

Dexter se acercó a los jóvenes:

—¿Podría hablar dos palabras con usted, señorita?

A una mirada de Virginia, Juanito se marchó. ¿A qué vendría ese hombre?

—Sospecho, Virginia, que usted ignora cuál es la verdadera situación de su señor padre...

—No comprendo...

—Don Godofredo es un caballero a carta cabal; orgulloso como pocos, pero que se ha sacrificado en silencio por usted.

¡Dios mío! ¿Qué decía aquel hombre?... ¿Qué veneno destilaban sus palabras?

Dexter fué contándole todo, todo... La casa en que vivían estaba hipotecada. El Banco pediría el embargo al día siguiente a no ser que ella lo evitase. Su único anhelo era hacerla dichosa y ser el sostén de don Godofredo en sus últimos años. ¿Por qué no se casaba con él? Si así lo hacía, Dexter pagaría las deudas del viejo. ¿Sería ella capaz de destrozar el corazón de su anciano padre? ¿Le sometería a la humillante necesidad de tener que confesar que esa prosperidad que sólo aparentaba por Virginia, era una farsa?

Virginia sentía que algo se desgarraba en su corazón. ¿Pero era posible todo eso? ¡Pobre papá! Nada existía, pues, de las grandezas que ella soñaba. Y en las manos de aquel hombre estaba la salvación... Pero a costa de ella, del sacrificio de su amor.

—¿Qué me contesta usted?

—No sé..., creo que sí... en un principio...

Y se alejó llorando. Había que decidirse con rapidez. Pensó un momento en Juanito, el muchacho que ella amaba. La noche era hermosa, divina. ¡Oh,

sí, salvaría a su padre! ¡Pobre y adorado viejo que mantenía la farsa de su prosperidad para que ella viviese bien!

Fué al encuentro de su padre. Hablaba de prisa, como si tuviera miedo de arrepentirse de sus propósitos.

Dijo que amaba a Dexter y que quería casarse con él.

—Pero, hija mía... Esto no puede ser... Tú no estás enamorada de ese hombre.

—Sí lo estoy, papá. Y te suplico que me des tu consentimiento.

Entró Juanito alegre y feliz, como buen enamorado. Virginia le comunicó también su determinación. "Voy a casarme con Roberto Dexter." ¡Dios mío! ¡Y él que había soñado tantos proyectos al lado de esta mujercita! Creyó que sus pies se hundían en el abismo; pero, reaccionando, contestó:

—Sea enhorabuena, Virginia..., y que Dios la haga muy feliz.—Y se alejó, medio muerto.

—Si en realidad le amas, hija mía—dijo don Godofredo—, nada más satisfactorio para mí que este matrimonio.

Virginia marchó a su habitación procurando sonreír, pero con el dolor en el alma. Juanito escribió una carta de despedida. El no podía continuar allí después de aquello... Echó el escrito por debajo de la puerta del cuarto de Virginia. Ella, para aturdirse, tocaba el piano. Eran notas alegres, de risas y amores... ¡Ah, la ingrata, qué contenta estaba! Y Juanito, convencido de que no era amado, huyó.

Habiendo el juez cogido el pañuelo que Virginia olvidara sobre la mesa, lo notó humedecido de llanto. Y una sospecha horrible cruzó por su mente. ¿Y si Virginia mintiese y hubiera hablado Dexter más de la cuenta explicando su verdadera situación?

Quiso salir de dudas y corrió al cuarto de Virginia. Y abrió silenciosamente dos dedos la puerta.

La muchacha sobre el piano lloraba ahora con un dolor profundo. Aquellas lágrimas se lo dijeron todo al hidalgo. ¡Pobrecita y adorada hija que se sacrificaba por él! Y como su alma de caballero no podía tolerar aquel matrimonio, fué al jardín, hacia la cuadra donde estaba Dixie, y murmuró apenado:

—No tengo otro remedio que venderte para calvar a mi hija.

\*  
\* \* \*

A la mañana siguiente el juez vendió la yegua a Bosworth, poniendo como condición que la venta había de permanecer secreta. Tenía formado su plan. Para demostrar a su hija que era rico, le regalaría el importe de la yegua. Al cobrar los 10.000 pesos los ingresó en el Banco, extendiendo luego por la misma cantidad un cheque a nombre de su hija.

—Aquí tienes—le dijo a Virginia—el importe de los dividendos trimestrales de algunas de las muchas acciones que yo tengo.

Virginia iba de sorpresa en sorpresa.

—La señora de Bosworth sale para Europa la semana que viene y yo deseo que vayas con ella.

—Pero, papá... No sé cómo explicármelo... Dexter me había asegurado que...

—En este mundo hay gentes que mienten con el mayor aplomo, hija mía.

Renació la esperanza en el alma de Virginia. ¡Miserable Dexter que le había hecho pasar tan malos ratos! Aceptó la propuesta de su padre. Le convenía dejar por algún tiempo aquellas tierras.

Deseaba olvidar... Sí, su padre era rico y no menta cuando muchas veces, contemplando las tierras que se extendían a su alrededor, había dicho: "Y de todo esto soy el amo y señor."

Al día siguiente marchó Virginia a Europa. Y don Godofredo, al que acababan de embargar la casa, dió el último adiós a Willowbrook, en compañía de su criado Noé, que no quiso abandonarle en su desgracia.

Algún tiempo después tenían lugar las carreras de Belmont para caballos de dos años. Bosworth iba a presentar a su yegua Dixie, en la que cifraba grandes esperanzas.

El jockey que conducía a Dixie no podía domar la fiereza del animal, que parecía recordar los tiempos en que era de Roberts. Juanito no había perdido de vista a Dixie, doliéndose de que se hallara en tan inhábiles manos. Al dar el toque de salida, la yegua se encabritó, derribando al jockey y cayendo ella a su vez.

—Se le torció un tendón—dijo el veterinario—. No podrá volver a correr en su vida.

—¡Qué calamidad!—repuso el millonario Bosworth—. Ahora tendré que conseguir otro caballo para las carreras de Latonia.

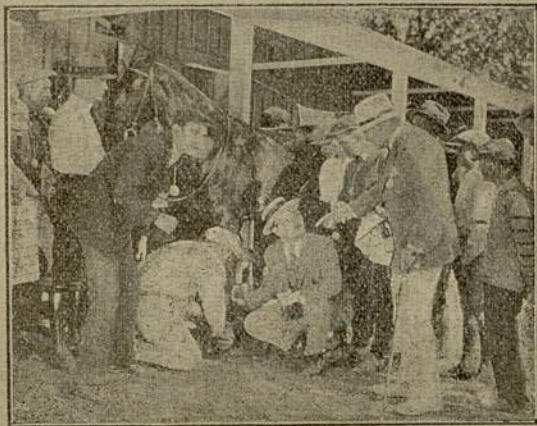
Y viendo sufrir desesperadamente a la yegua herida, ordenó que le pegasen un tiro para que no padeciese más.

Pero Juanito, que había corrido hacia la bestia, prodigándole sus ternuras, rogó a Bosworth que en vez de matarla se la regalase. Accedió a ello el millonario.

—¿Qué va usted a hacer con una yegua que está inutilizada por toda la vida?—le preguntó Dexter.

—Bosworth me la ha regalado, y voy a tratar de curarla.

Don Godofredo Roberts era ahora huésped del Hotel de Robertsville. Algo había de hacer el pobre caballero que se vió precisado a separarse de su hija, a vender la yegua, última ilusión de su grandeza, y a abandonar la casa solariega; sí, algo había de hacer para buscar el olvido... Y vivía constantemente bajo el poder del alcohol... La nube de una ligera embriaguez le producía cierto atolon-



...ordenó que le pegasen un tiro para que no padeciese más.

dramiento y se olvidaba de su pasado... Noé, para ganar su sustento y ayudar a su pobre señor, trabajaba en la fonda haciendo los más costosos menesteres. Pero sentía por don Godofredo la misma veneración que en otros tiempos... Para él, siempre era "el amo".

Una mañana Juanito se presentó en la fonda.

—¿No me conoce usted, don Godofredo? Soy Juan Sheridan...

Pero el viejo no le reconocía... Sheridan... Sheridan...

—Haga memoria, don Godofredo... ¿Es posible que no se acuerde de mí?

—¡Juanito!—Y en su cerebro entenebrecido brilló la lucidez.

—Hay afuera alguien que necesita que usted lo vea, don Godofredo.

—Le concederé cinco minutos nada más—dijo, como si aun poseyera su pasada grandeza.

Cuando salió y vió a Dixie... junto a Bartolomé... ¡qué sentimientos invadieron el alma del hidalgo!

—¡Dixie! ¡¡DIXIE!! ¡¡¡DIXIE!!!—Y pareció que volvía todo su pasado, la grandeza de tiempos pretéritos...

\*  
\*  
\*

Escarbando aquí y allá, logróse al cabo con qué presentar a Dixie en el handicap de Dixie y emprendieron el viaje hacia Latonia... en primera de carga.

Don Godofredo permanecía constantemente junto a su Dixie recobrada. Iban también Juanito y Bartolomé. El fiel Noé quedaba en la fonda. Para pagar el hospedaje de estos últimos tiempos, debía trabajar allí unos días... Pero prometió estar

en Latonia para las carreras. Durante el viaje un incendio provocado por unos individuos que viajaban en el segundo vagón delantero, puso en peligro la vida de la yegua. Juanito, demostrando su gran temple y serenidad, logró desenganchar el vagón en que ellos viajaban del resto del convoy incendiado. Después de mil peripecias, llegaron a Latonia con la esperanza en el corazón.

Bosworth había comprado a Cedric, el mejor caballo de carreras que había en Inglaterra, y lo mandaba en estos días a Latonia.

Don Godofredo leía por centésima vez una carta de su hija Virginia, fechada en París. *"Estoy loca de alegría al pensar que pronto saldremos para allá a fin de llegar a tiempo para el handicap de Dixie."*

El antiguo juez no había comunicado a su hija ninguna de las variaciones de su existencia. Continuaba tejiendo el dulce engaño y así le contestaba:

*"Mi querida hija: Si vieras a Willowbrook te encantarías. Todos los rosales están en flor. He hecho pintar de nuevo la casa, y tu habitación quedará tal como me dijiste que te gustaría tenerla."*

Y Virginia experimentó viva alegría al leer esa carta en presencia de los Bosworth.

Había llegado el día del handicap. Los asiduos cuidados que prodigaban a Dixie, a la que tenían en las Caballerizas del Corral de los Pobres, situada en uno de los pabellones del Hipódromo, habían hecho que el noble animal recobrase todos sus bríos.

Don Godofredo vivía también en una de las cuadras, falto de recursos para obtener un hospedaje

digno. Las esperanzas anidaban en el alma de Roberts y de Juanito... Este pensaba a veces en Virginia, la mujer que soñó...

—El motivo es para asustar—dijo el hidalgo.

Un último incidente debía alarmar aún a don Godofredo. Barto omé anunció que acababa de llegar el alguacil dispuesto a embargar la yegua por lo que se le debía de penso.



*Virginia experimentó viva alegría al leer esa carta.*

—Este es el jockey, don Godofredo—dijo Juanito, presentando a un hombre pequeño y ágil.

—Se llama Jones, pero le dicen Mala Sombra...

—No se alarme, don Godofredo... Verá cómo nos burlamos de él.

Sacaron a Dixie de la cuadra y en su lugar pusieron un pobre caballo viejo, de aspecto risible.

Con los ojos echando lumbre, el alguacil se acercó a las caballerizas, abrió la puerta, y como el animal estaba arrinconado a la pared, creyendo que era Dixie, se tranquilizó, sin observar el "cambiaso".

Valiéndose ya de un pretexto, ya de otro, don Godofredo fué prolongando la permanencia de Virginia en el Norte, prometiéndola que se encontraría en Latonia con ella el día de las carreras, esperanzado de que su yegua las ganaría.

Noé, sin recursos, pero llevado de su gran amor a Roberts y a Dixie, emprendió, por el camino del ferrocarril, su marcha hacia el estadio.

Acababan de llegar los esposos Bosworth y Virginia... El millonario tenía una fe ciega en el triunfo de su caballo Cedric y creía que nadie le disputaría la victoria.

Dexter, después de tanto tiempo de ausencia, se acercó a Virginia para preguntarle:

—¿A qué obedeció la ruptura de nuestro compromiso de matrimonio y su repentina marcha a Europa?

—Porque me engañó usted asegurándome una serie de inexactitudes con respecto a mi padre.

Y le miró con altanería de gran señora que no tolera que nadie ponga en duda su riqueza.

—No, Virginia. Yo no la engañé. Su padre vendió a Dixie a fin de poder mandar a usted a Europa... Es verdad... Ahora Dixie vuelve a ser de su padre, pero es que Dixie se torció un tendón en el hipódromo de Belmont, y Bosworth se la regaló a Sheridan... ¡Ah! ¿Por qué no escuchó usted mis palabras? Su padre está viviendo en el Corral de los Pobres, nada tiene ya y se halla en

la última miseria. No diga usted que no porque tengo pruebas de ello. Es tan evidente lo que digo... Venga usted.

Fueron a las Oficinas de la Administración General y allí preguntaron si vivía en aquel lugar don Godofredo Roberts. Al oír la contestación afirmativa, sintió Virginia que las últimas esperanzas le abandonaban. ¡Era verdad! Mientras ella viajaba



*¡Era verdad! Mientras ella viajaba por Europa, su padre permanecía en la mayor miseria.*

ba por Europa, su padre permanecía en la mayor miseria... Ella gastaba los últimos dólares de su caudal y don Godofredo acaso pasaba hambre... Quiso correr al encuentro de su padrecito para adorarlo,

—Dexter, que no sepa mi padre que estoy enterada de todo. Ahora déjeme usted.

Virginia, con lágrimas en los ojos, buscó a su padre. ¡Qué deseos tenía de dar un beso a aquel modelo de hombre!

Divisó a Juanito junto a Dixie y se acercó con paso tembloroso.

Sheridan, a la vista de aquella hermosa mujer



—Dile tú lo que pasó, Dixie... Que sepa él cómo ahogué los gritos de mi corazón...

que tanto le había hecho sufrir, la miró con dureza.

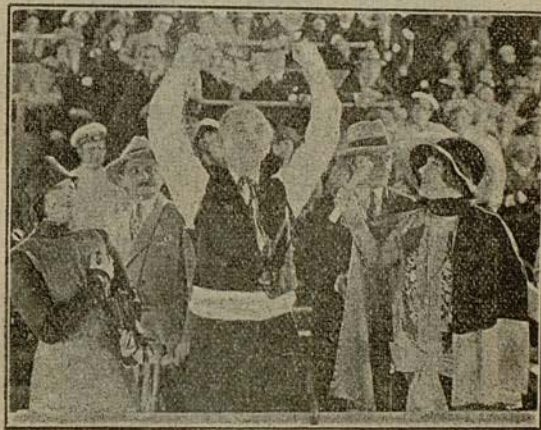
—No me mire usted así, Juanito... Por lo que más quiera...

Y acariciando a Dixie, continuó:

—Dile tú lo que pasó, Dixie... Que sepa él cómo ahogué los gritos de mi corazón para corresponder a un hombre que no amaba, pero del que dependía la ruina de mi padre.

Y Juanito, comprendiendo por primera vez la noble conducta de su amada:

—Es usted digna—le dijo— de la sangre que le corre por las venas...



Y Dixie ganó.

En el handicap de Dixie se disputaban los caballos de dos años el premio de 50.000 dólares. El gentío bulía. Don Godofredo Roberts ocupó un palco, no sin antes disputar con un empleado que le negaba el derecho a permanecer allí.

Los Bosworth y Virginia tenían el palco en que precisamente se encontraba don Godofredo.

Virginia abrazó a su padre con emoción.  
—¡Oh, papá!... ¡Después de tanto tiempo!...  
Le veía pobre, miserable, pero siempre altivo y



*Y una noche, Juanito, en el jardín de don Godofredo...*

severo...

—Virginia... ¡Hija de mi corazón! Hoy es el día más feliz de mi existencia.

—Supongo—comentó el millonario—que no habrá usted arriesgado mucho dinero a Dixie, señor Roberts.

—El triunfo de Dixie representará para mí algo que vale más que todo el oro del mundo, caballero.

Comenzó la carrera. ¡Oh, cómo avanzaba su yegua, rápida como el rayo! Dixie... Dixie..

Virginia gesticulaba como transportada por la alegría a una región de locos. ¡Qué emoción más intensa!

Y Dixie ganó.

El buen viejo dió por bien empleados todos sus sacrificios, todos sus dolores ante la victoria, y por sus flácidas mejillas resbalaban en silencio gruesas lágrimas.

—¿No oyes, papá?—le dijo Virginia, apoyada en él—. ¡Están tocando la marcha de Dixie!

El buen Noé, sofocado aún por una carrera de varias horas, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bien, don Godofredo!

Dexter había perdido la partida. No era ya para él el amor de Virginia. Aquellos 50.000 dólares ganados por Dixie cambiarían totalmente la situación del hidalgo.



Y sucediéronse mejores días para Willowbrook. Y una noche, Juanito, en el jardín de don Godofredo, pudo escuchar como una música las palabras de ella, que decían lo que su timidez le impedía confesar:

—Juanito..., ¿quieres casarte conmigo?

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

LEA USTED LA SUGESTIVA NOVELA  
**Lirio entre Espinas**

Creación de RAMÓN NOVARRO  
ENID BENNETT, etc.

17.º libro de la BIBLIOTECA

*Los Grandes Pelms*  
de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Precio popular:

50 céntimos

PRÓXIMO NÚMERO  
EXTRAORDINARIO  
Sábado, 31 de Octubre

La monumental superproducción

# Pacto de amor

Creación de los grandes artistas

Corinne Griffith, Conway Tearle, Elliot Dexter, Hobart Bosworth, Bryant Washburn, Doris May, Miss Dupont, Harry Myers, Phyllis Haver, etc.

Un film de los secretos de la Sociedad, de amores sinceros y de conveniencia.

Portada bicolor — 64 páginas

Numerosas fotografías. Precio popular: 50 cts.

Postal fotografía-regalo: **RÉGINALD DENNY**

Compre Vd. el mismo **SÁBADO 31**  
del corriente este bonito  
número **EXTRAORDINARIO**

Le interesa a usted conocer el sumario del cuarto número de **AYER Y HOY**, que salió ayer

SUMARIO

- Un príncipe indio en Barcelona* (entreviú), por Julio Serna.  
*El vecino misterioso* (novela corta), por Víctor Mac Clure.  
*La casa abandonada* (diálogo teatral), por Rachilde.  
*Por los caminos del mundo: ¿Mata realmente la silla eléctrica?*—Cómo se han descubierto algunas minas de oro.—Los vampiros transmisores de la rabia.  
*Historieta cómica*; Las corbatas y el carácter.  
*Cartas de amor*: Elvira y Luisa (continuación), por H. de Balzac.  
*Concurso de Cartas de Amor*: Diez libras esterlinas de premio a la carta mejor escrita.  
*El último disfraz* (cuento), por José Baeza.  
*Sección Gráfica*: Mujeres de España.—Notas gráficas de España.—Curiosidades extranjeras.—Los «Encantes».—Actrices bonitas.—Gráficas deportivas.—Estrellas de la pantalla.  
*De la vida frívola*.  
*Pequeñas Grandes Cosas*, por José D. Benavides.  
*Chistes y caricaturas*.  
*El huracán* (novela cinematográfica), por Antonio J. de la Hoz.  
*Visitando cines*: El Kursaal, por Luis de Monserrat.  
*Modas*, por Amaranta.  
*Deportes*: Un rato de charla con el campeón de natación José Pinillo, por Zaragoza.  
*Colaboración intelectual*: Los Celos, por Mildred Crom.  
*Corazones de hielo* (novela de aventuras), por James Oliver Curwood  
*Página infantil*.

Compre usted **AYER Y HOY**

Se publica todos los MARTES

**¡76 páginas!**

**¡40 céntimos!**